



Tocar la Fuente de la Vida

Dicen, que nuestra mejor maestra es la vida, y es cierto. La vida, como en el cuento de pulgarcito, nos va dejando pequeñas señales que nos van marcando el camino a seguir, solo hace falta descubrirlas y aprender, de aquello que la Vida va dejando a nuestro lado.

Acabamos de celebrar la “gran señal”, la Presencia de un Dios que quiere ser niño y que nos va dejando algunas pistas: pesebre, niño, las afueras, pastores...recordándonos una y otra vez, la maravillosa danza del descenso, la danza de la ENCARNACIÓN.

Esta “danza”, como todas las danzas, tiene muchos pasos, muchos giros, y algún que otro movimiento, que según como lo demos, produce vértigo y nos descoloca poniendo nuestra vida “patas arriba”.

En este intento de vivirnos como mujeres en movimiento, abiertas al paso de Dios por nuestra vida y dispuestas a vivirnos como mujeres en pie, nos van a acompañar dos mujeres: La hemorroisa y la mujer encorvada.

Ellas, van a ir regalándonos “señales”, que quizá, pongan nuestra vida a la intemperie, pero quizás también, descubramos junto a ellas el gozo de encontrar y tocar la Fuente de la Vida: Jesús de Nazaret.

Con ellas, nos vamos a ir adentrando en el ámbito de la divinidad, donde Dios Padre-Madre, nos llama “Hijas amadas” y nos permite gustar y saborear la Fuente de la Vida que sostiene nuestra propia vida y la vida que nos rodea. Con ellas, vamos a ir descubriendo por donde perdemos la vida, y qué actitudes nos mantienen “encorvadas”, incapaces de mirar de frente.

Jesús vino a despertarnos y desde entonces estamos amaneciendo a pesar de tanto adormecimiento nuestro.

Javier Melloni

Junto a la mujer encorvada (Lc 13,10-17) y la mujer con pérdidas de sangre (Mc 5,25-34) vamos a iniciar un proceso de ir sacudiendo nuestro adormecimiento, en muchas ocasiones, provocado por actitudes que viven instaladas en nosotras desde hace mucho tiempo y nos impiden vivirnos como mujeres en pie (nuestras amigas llevaban 12 y 18 años)

Una llamada a enderezarte: “Estaba encorvada hacía 18 años y no podía enderezarse.

Una llamada que va acompañada por una profunda invitación a habitar el Centro, porque solo desde lo profundo, podemos percibir el anhelo de vivirnos en plenitud. Solo desde el Centro, seremos capaces de abrirnos a la confianza y sujetarnos fuertemente en Aquel, que es sanador de dignidades y curvaturas.

Vivir como mujeres en pie no depende de nuestras voluntades y esfuerzos, sino de nuestra capacidad de acoger el don y vislumbrar la Fuente de la Gratuidad que nos habita y sostiene.

Y desde la Fuente Originaria de la Gratuidad, se despierta el deseo y se escucha la llamada a **vivir enderezadas**.

Deja que la mujer encorvada te coja de la mano y vaya narrando su propia historia (que quizás también es la tuya) y te regale alguna de las claves que le ayudaron a enderezarse.

* **Dejarse mirar por Jesús: “Jesús al VERLA, la llamó”.**

Dice el relato que era sábado y Jesús estaba enseñando en la sinagoga. Con estos datos, es fácil imaginar que habría una gran cantidad de gente...Y Jesús la VE en medio de la multitud y esa mirada sanadora permite que la mujer se sienta liberada y amada. Hay mucha gente “cumpliendo con la ley”, pero solo Jesús ve a la mujer, y esa mirada la cura y la restaura.

Dejarnos mirar por Jesús, pasa por ponernos ante él con toda nuestra verdad, con esas “curvaturas” que nos mantiene postradas sin poder mirar de frente. Dejarnos mirar por Jesús, pasa por ir poniendo nombre a esas realidades de nuestra vida que poco a poco nos van “encorvando” y solo somos capaces de ver “nuestro ombligo”, y todo aquello que tiene que ver con “mis intereses”. Algunas veces me pregunto ¿cuántas veces me he quejado o me quejo de la necesidad no atendida de otros? Y la respuesta que me doy, es que pocas veces, o quizás ninguna.

Y hoy me vuelvo a hacer la pregunta y os invito a hacéroslo a vosotras: ¿Alguien se queja porque mi hermana comunidad necesita más ternura, más atención, más dedicación? ... ¿Nos quejamos alguna vez porque la realidad de nuestro mundo es cada vez más doliente, más necesitada de amor, de ternura, de hospitalidad...y me pesa en el alma tanto dolor?

Para que nuestra “queja” brote del amor, del compromiso, de la entrega y de sabernos todos una Unidad, solo puede brotar de un “lugar”: el Centro, el

hondón del alma, ese espacio que se sabe habitado por Aquel que VE y nos ve.

Compartiendo hoy en el desayuno todas estas inquietudes con la hermana de comunidad, han ido saliendo algunas pistas heredadas de nuestros Fundadores y Primeras Hermanas, y que son llamada permanente, a vivir como mujeres “enderezadas”, levantando la vista de nuestro ombligo y desencorvarnos:

1. María Rafols se “queja” ante el general francés porque los pobres del Hospital no tienen comida.
2. Se “queja” ante la Sitiada porque las amas no cobran su salario.
3. Juan Bonal, toca la realidad de pobreza del Hospital, ve el dolor y la miseria de los enfermos, y se pone en camino recorriendo veredas y pidiendo por y para otros
4. Muchas de las Primeras Hermanas mueren de hambre porque comparten su comida con los más pobres...y en nuestros textos históricos, no aparece ni una queja porque tienen poco.

Y todos/as en un mes de enero de 1805, se desencorvan para ponerse al servicio de los pobres enfermos, con la certeza, de que es a Jesucristo a quien sirven: *“A mí me lo hicisteis “*

*** Dejarse tocar por Jesús: *“Jesús le impuso las manos...”*.**

El texto, como hemos visto, dice que la mujer estaba encorvada y no podía enderezarse, lo cual indica, que esta mujer estaba encogida. No es difícil imaginar, que Jesús

tendría que inclinarse para poder tocarla e imponerle las manos.

¡Cuánto nos cuesta inclinarnos!, bajar de nuestras posturas de nuestros lugares de siempre de nuestras ideas... incluso de una religiosidad rutinaria que no transforma nuestra vida, (como el jefe de la sinagoga que se indigna porque Jesús cura en sábado) pero que seguimos “cumpliendo” porque es lo que hay que hacer...

El Amor, no tiene nada que ver con “los debes” o “tienes”. El Amor no es un “deber”, no es un “tengo que”, es la expresión natural de lo que SOMOS. Desde la “altura” es imposible TOCAR la vida, para tocar la vida, es imprescindible “inclinarse”, bajarse, ponernos en lugar del otro.

Jesús tocó a la mujer, aunque para ello tuviese que “abajarse”. Tocar es signo de cariño, de ternura; es signo de complicidad, y de decir con gestos, ¡aquí estoy, cuenta conmigo!; es gesto de amor entrañable y de sanación.

Pero nos cuesta acariciarnos, expresar nuestra capacidad de ternura; es como si escondiésemos nuestra riqueza femenina; ese don con el que somos enriquecidas y que solemos expresar fuera de los ámbitos comunitarios, pero entre nosotras, no solemos prodigarnos en gestos de ternura, y mucho menos tocar la vulnerabilidad del otro/a

*** Dejarse tocar por Jesús para levantar: *“Al punto se enderezó”***

Levantar tantas realidades que permanecen caídas, encorvadas, levantar, siendo mensajeras y portadoras de esperanza dentro y fuera de nuestras comunidades, en

nuestro contexto social, en los lugares y con las personas con las que compartimos y vivimos la tarea desde la Misión, de ser expresión de la Bondad y Misericordia de Dios.

Jesús LEVANTÓ a la mujer, le devolvió la dignidad, la puso en pie. Y la mujer se abre a Jesús cuando se siente tocada. Y su respuesta no puede ser más coherente: *“Al punto se enderezó y daba gloria a Dios”*

Un encuentro con el Dios de Jesús que no nos vaya conduciendo a ACERCARNOS, a TOCAR la vida y a LEVANTAR la vida, no es encuentro, no hay experiencia, simplemente, hemos “cumplido” el horario, pero no nos ha transformado.

Es cierto, que esto no lo podemos vivir como de “carrerilla”, es un proceso, un anhelo de vivir desde la experiencia de Dios que vivió Jesús de Nazaret, un proceso que requiere de cada una de nosotras saber PERMANECER, sin buscar nada ni pretender cambiar nada... la mujer de nuestro relato, no “hace” nada, y no “dice nada”, sólo PERMANECE en la PRESENCIA de Aquel, que va obrando en nosotras la transformación.

No “hacemos” oración, SOMOS oración. Orar es una forma de SER, de caer en la cuenta de que Dios ES y SOMOS en Él.

Un proceso que pasa necesariamente por la vivencia de la HUMILDAD, reconociendo nuestras verdades y también, todo lo que de “falso” hay en nuestra vida. Humildad que no puede sino ser acompañada de la ACEPTACIÓN de nuestra propia verdad y de la CONFIANZA plena en la Bondad de Dios, que sigue sosteniendo nuestra vida y conduciendo nuestra propia historia de salvación.

Una llamada a descubrir por donde se nos escapa la vida. *“Había una mujer que llevaba doce años padeciendo hemorragias”*

* **Llamada a vivir en plenitud**

Y otra mujer, invitada a tocar a Jesús, nos va a ir conduciendo en este proceso de Seguimiento de Jesús.

Con la mujer que sufre pérdidas de sangre, iniciamos el camino de vuelta a casa, a lo profundo, al lugar donde “*se seca*” la fuente de nuestras pérdidas. Ella nos va a ir indicando el camino del seguimiento de Jesús, el camino del verdadero discipulado, la raíz Cristológica de nuestro llamamiento y vocación.

Para nosotras, Hermanas de la Caridad de Santa Ana, esta dimensión toca las raíces de nuestra espiritualidad.

“Nuestra espiritualidad, desde los comienzos, ha estado centrada en la persona de Cristo.

Para nuestras primeras Hermanas Él era el punto de partida de su vocación, el camino a seguir en su entrega y la meta a lograr en el ejercicio gozoso de la caridad.

Como ellas, estás llamada a ser respuesta a este amor de Dios. Permanece en íntima unión con Cristo, descúbrelo en las personas a quienes sirves y sé testigo de su amor”. OV77

Junto a la mujer que va perdiendo la vida (la sangre era el símbolo de la vida en la mentalidad judía), vamos a ir descubriendo las claves para este seguimiento de Jesús, y las llamadas a ir respondiendo al Amor que nos habita.

Una llamada y un deseo que pone a esta mujer en actitud itinerante. Un movimiento e itinerancia, que no está exento de dificultades, (se había gastado su fortuna) porque todo movimiento e itinerancia conlleva unos riesgos.

Pero también encontramos en ella a una mujer creativa y capaz de ir tomando decisiones, discernir y ponerse siempre en actitud de salida, buscando alternativas a las intuiciones que va percibiendo en su vida:

- Prueba con “lo de siempre”, con aquello del “siempre se ha hecho así”. Y acude a lo establecido, es decir, va a los médicos e invierte su fortuna con el intento de sanarse.

Y descubre que lo de siempre, no es la solución y se convierte en una mujer buscadora, barajando otras alternativas: dirigirse a Jesús.

“Habiendo oído hablar de Jesús, se dirige a él”

- Desde una actitud libre, sin victimismos, sin hacerse la mártir por su enfermedad y por lo que le pasa, decide colocarse detrás de Jesús para tocarle el manto.
- Y saltándose todas las leyes, tocando a Jesús, empieza a vivir. “Tocar el manto” significa adherirse a Jesús. Y esta adhesión, le lleva a la Fuente de la Salud y la Vida.
- Al saberse mirada por Jesús, la mujer reacciona con *“temor y sobrecogimiento”*

Temor y sobrecogimiento que acompaña a toda manifestación de lo divino. Un sobrecogimiento que nos abre al asombro, a la novedad de un encuentro, que nos revela el rostro de Dios Padre-Madre, que se hace mirada y encuentro en Jesús de Nazaret, que nos busca con su mirada y esta mirada, transforma nuestra vida y despierta en nosotras una actitud de adoración. *“Y se le echó a los pies”*, gesto de adoración ante lo divino.

UN MOMENTO PARA PARARTE

Con la mujer que sufría pérdidas, en este momento de tu vida, puedes preguntarte por tu experiencia de encuentro con Jesús.

¿Produce en ti un sobrecogimiento que te lleva a “tocarle el manto”, es decir, a adherirte a él con todas tus fuerzas, con todo tu ser? ¿tú confianza te lleva a dejarte mirar por él y reconocerte como mujer transformada por su presencia?

Esta mujer se nos muestra como una mujer en pie, una mujer que es consciente que está perdiendo la vida, y busca soluciones para dar respuesta al profundo anhelo de vida que siente que le habita. Busca vivir en plenitud y este anhelo la pone en movimiento:

1. Decide plantarle cara a su “enfermedad”, reconoce que se le escapa la vida y se niega a vivir resignada ante su fragilidad... y toma decisiones.
2. Es capaz de reflexionar y trazar un itinerario. No se instala en la rutina y la superficialidad: *“Se decía que con solo tocar su manto quedaría sana”*
3. Se atreve a reconocer su propia verdad y le dice a Jesús *“su propia verdad”*, estableciendo un diálogo con Jesús, que nace de la confianza y la seguridad, y que le hace sentirse no solo sanada, sino salvada.
4. ...Y de la experiencia de salvación, emerge la profunda experiencia de reconocerse como HIJA. Jesús, la introduce en el ámbito de la cercanía y la familiaridad con Dios, la conduce al lugar de su verdadera identidad, el lugar donde puede saborear

la Confianza que es, la Paz que le habita y la sanación que le permite vislumbrar y gustar la Vida, y una Vida en plenitud.

...El último regalo de nuestras amigas.

Las dos mujeres tienen un regalo para cada una de nosotras. Hay una palabra que les une y que hoy quieren dejar en nuestras manos: INMEDIATAMENTE.

La mujer encorvada, nos dice el texto que: *se enderezó al instante, al momento...*

La mujer con pérdidas experimentó en su propio cuerpo que: **inmediatamente** se secó la fuente de sus hemorragias.

Esta inmediatez, no es el resultado de mi voluntad, ni de nuestros propósitos, si observamos los dos textos de Marcos y Lucas, podemos ver con claridad, que ninguna de las dos mujeres “hace” nada, solo se acercan, tocan, confían y dejan que Jesús actúe en ellas...y la respuesta no puede ser otra: INMEDIATAMENTE sus vidas quedan transformadas. El verdadero encuentro siempre es transformador, porque no somos nosotras las que nos transformamos, es Dios el que nos transforma...y Dios, es INMEDIATO.

Quizás, nuestra vida esté llamada a decirnos la verdad, reconocer nuestras curvaturas y los lugares por donde se nos escapa la vida y permitir que Jesús sea realmente el centro de nuestra vida, para vislumbrar el paso de Dios y recocer el don de su presencia y gozarnos del toque amoroso y tierno del Misterio. Sentirnos acariciadas y miradas por Jesús de Nazaret, espejo, de lo que

realmente somos cada una de nosotras y cada uno de los seres humanos con los que compartimos el ámbito de la familiaridad con Dios.

REZAMOS Y COMPARTIMOS

Nos sentamos junto a las dos mujeres para iniciar un diálogo con sabor a sororidad. Me hago consciente de esas zonas de mi vida que necesitan ser “enderezadas”, pidiendo luz para ir poniendo nombre a esos espacios, lugares, actitudes...por donde creo que se me va escapando la vida.

No miro estas realidades de mi vida desde la culpa, la vergüenza o la desesperanza, las miro y las abrazo como una oportunidad para sentir la mano de Jesús sobre mí, para sentir su mirada y reconocirme como fragilidad, pero fragilidad habitada.

Mc 5, 24-34: ¿Qué actitudes de esta mujer son hoy para mí una llamada a vivirme como mujer en pie?

Lc 13,10-17: “Estaba encorvada y no podía enderezarse”

¿Qué me mantiene encorvada y no me permite mirar de frente: ¿a mí misma, a los otros, a Dios?

¿De que necesito liberarme?

Mujer quedas libre de...Puedes ir enumerándolas...

Y si lo compartes en comunidad, seguro que experimentas la liberación...y te sientes parte de la COMUNIDAD, que entre todas vamos construyendo.

CANTO: Doce años